

DEL SUMO BIEN Y DEL SUMO MAL.

Á MARCO BRUTO.

LIBRO PRIMERO.

No ignoraba yo, amigo Bruto, cuando comencé á exponer en latín lo que los filósofos griegos habían tratado con sumo ingenio y exquisita doctrina, que este nuestro trabajo había de estar sujeto á varias re-
prensiones. Algunos, y no del todo indoctos, reprueban todo género de filosofía. Otros, sin rechazarlo tan absolutamente, siempre que se haga con moderación, llevan á mal que yo haya puesto tanto estudio y tanto trabajo en semejante materia. Habrá algunos, instruídos en letras griegas y despreciadores de las latinas, que crean preferible gastar el tiempo en leer á los Griegos. Finalmente, sospecho no ha de faltar quien me estimule á dedicarme á otro modo de escribir, por no ser acomodado éste á la dignidad de mi persona. A todos ellos responderé brevemente; aunque de los detractores de la filosofía ya dije bastante en el libro donde hice su defensa y alabanza, con ocasión de haber sido acusada y vituperada por Hortensio. Y habiendo aprobado este libro tú y aquellos de cuyo juicio tengo más satisfacción, he em-

prendido mayores cosas por temor de que, habiendo excitado la curiosidad de nuestros hombres, no pareciera que la dejaba sin satisfacción.

Los que, gustando de este estudio, quieren no obstante que se haga con moderación, piden difícil templanza en cosa que, una vez emprendida, no se puede detener ni reprimir; de tal modo, que me parecen más justos los que procuran apartarme enteramente de la filosofía, que los que reclaman moderación en lo infinito, y medianía en cosa que es tanto mejor, cuanto más grande. Porque si es posible llegar á la sabiduría, no debemos buscarla sólo, sino gozar de ella; y si es muy difícil, no es posible detenerse en la investigación antes de haber encontrado la verdad, cuando la fatiga de buscarla es torpe, por ser lo que se busca hermosísimo. Si nos deleitamos escribiendo, ¿quién ha de ser tan envidioso que nos quite este placer? Si trabajamos, ¿quién ha de poner moderación en la industria ajena? Así como el terenciano Cremes no quiere que su vecino cave ni are, ni haga ninguna labor rústica, y esto por humanidad y por apartarle del trabajo servil; así hacen estos curiosos, á quienes ofende nuestro trabajo, nada pesado ni desagradable.

Más difícil es satisfacer á los que dicen que desprecian todos los escritos latinos. Y aquí es de admirar por qué en cosas tan graves no los deleita su lengua patria, siendo así que leen no con disgusto las fábulas latinas, traducidas del griego á la letra. ¿Quién es tan enemigo del pueblo romano que desprecie ó rechace la *Medea* de Ennio, ó la *Antiope* de Pacuvio? ¿Quién dirá que se deleita con las fábulas de Eurípides, y aborrece las letras latinas? ¿He de leer yo (me preguntará alguno) los *Synephebos* de Cecilio ó el *Andria* de Terencio, más bien que los originales de Menan-

dro? Mi opinión es tan contraria á la de éstos, que aun habiendo sido Sófocles admirable en su *Electra*, me creo obligado á leerla mal traducida por Attilio, de quien dice Licinio que fué escritor férreo, pero verdadero escritor y digno de ser leído. El ser de todo punto ignorante de lo que escribieron nuestros poetas, arguye ó muy inerte desidia ó un paladar muy fastidioso y delicado. A mí no me parecen bastante eruditos los que ignoran nuestras cosas. Si leemos en nuestra lengua aquella escena que principia: «Ojalá que en el bosque...», y nos agrada no menos que en griego, ¿por qué no nos han de agradar en latín los preceptos que Platón dió sobre el bien y la felicidad de la vida?

Y si no hacemos oficio de intérpretes, y escogemos entre las opiniones ajenas las que mejor nos parecen, y les aplicamos nuestro juicio y nuestro modo de escribir, ¿por qué han de anteponer las sentencias de los Griegos á estas otras que están espléndidamente dichas y no son traducidas del griego? Y si dicen que también los Griegos han tratado estas materias, no veo la razón de leer á tantos autores como se leen y deben ser leídos. ¿Qué cosa hay en los estoicos que no haya sido declarada por Crisipo? Y sin embargo, leemos á Diógenes, á Antípatro, á Mnesarco, Panecio, y muchos otros, y principalmente á nuestro familiar Posidonio. ¿Y qué, no nos deleita Teofrasto cuando trata lugares ya tratados antes por Aristóteles? ¿Y por ventura los epicúreos dejan de escribir á su albedrío sobre las mismas cosas de que razonaron Epicuro y los antiguos? Y si los Griegos leen sobre una misma materia á diferentes autores suyos, ¿por qué los nuestros no han de ser leídos por nosotros?

Si yo hubiera traducido literalmente á Platón ó á Aristóteles, como tradujeron nuestros poetas á los

trágicos, creo que hubiera merecido bien de mis conciudadanos, dándoles el conocimiento de aquellos divinos ingenios. Pero esto no lo he hecho todavía, aunque no creo que me esté cerrado el camino de hacerlo. Traduciré sólo algunos pasajes, cuando vengan á cuento y la ocasión sea oportuna: no de otro modo que Ennio suele traducir á Homero, y Afranio á Menandro.

Y no por eso me opondré, como nuestro Lucilio, á que todos me lean. Ojalá existiesen ahora aquel Perseo y sobre todo aquel Scipión y aquel Rutilio, cuyo juicio en tanto tenía él, hasta decir que escribe para los Tarentinos, y los Consentinos y los Sípulos. Gracia tiene en esto como en otras cosas, pero no había entonces tantos varones doctos á cuyo juicio atender, y son además ligeros sus escritos, donde aparece suma urbanidad, pero doctrina mediana.

Pero yo ¿á qué lector he de temer, siendo así que me atrevo á escribirte á tí, que ni siquiera á los Griegos cedas en materia de filosofía? Aunque lo hago invitado en cierto modo por tí, en aquel gravísimo libro de *La Virtud*, que me enviaste. Y yo creo que si algunos aborrecen á los Latinos, es porque han llegado á tropezar con ciertos escritos incultos y hórridos, que eran malos en griego y son peores en latín. Yo me conformo con ellos, con tal que no crean dignos de ser leídos á los Griegos que escribieron mal. Pero las cosas buenas, dichas con palabras graves, ¿quién no las leerá sino el que pretenda ser en todo un Griego, como llamaba el pretor Scévola en Atenas á Albucio? Lo cuenta con mucha gracia y mucha sal Lucilio, que hace decir á Scévola estas palabras: «Tú, Albucio, has preferido ser llamado Griego que Romano y Sabino, del municipio de Ponto y el primero de los Centuriones. Yo, pues, Pre-

ter en Atenas, debo saludarte con el título que más te agrada: *χαίρει*, yo te saludo, oh Tito; lictores, escuadrón, cohorte, decid conmigo: salud, oh Tito: por esto tengo yo por enemigo á Albucio.»

Tenía razón Scévola. Y yo no acabo de admirarme de dónde ha procedido este tan insolente fastidio de las cosas domésticas. No es esta ocasión de probarlo, pero yo creo, y muchas veces he defendido, que la lengua latina, no sólo no es pobre, como el vulgo cree, sino que es más rica que la griega. Pues ¿cuándo nos ha faltado, no diré á nosotros, sino á los buenos oradores y poetas, á lo menos después que hemos tenido á quién imitar, ornato alguno y copiosa ó elegante locución? Pues yo que en los trabajos y peligros forenses no creo haber abandonado nunca el puesto en que me colocó el pueblo romano, debo trabajar en cuanto pueda para que con mi estudio y diligencia se hagan más doctos mis conciudadanos, y no disputar con los que prefieren leer en griego (con tal que lean verdaderamente y no lo finjan), y servir á los que quieren usar de uno y de otro género de letras, ó que teniendo las suyas propias, no desean grandemente las otras.

Los que prefieren que escribamos otras cosas, deben tenerne cuenta, para ser justos, que hemos escrito mucho, quizá más que otro ninguno de los nuestros, y acaso escribiremos más, si la vida nos lo consiente y sin embargo, quien atentamente leyere lo que de filosofía escribimos, juzgará que nada es de mayor importancia ni más digno de leerse que lo que ahora disputamos. Pues ¿qué cosa hay más digna de investigarse para la vida humana que el fin, el extremo, la razón última, adonde se han de referir todos los propósitos de bien vivir y de bien obrar, que es lo que busca la naturaleza como lo sumo de lo apete-

cible; que es lo que huye, como el extremo de los males? Y habiendo sobre este punto tanta disensión entre los más doctos filósofos, ¿quién ha de creer ajeno de la dignidad que todos me conceden, el investigar cuál es lo más excelente y verdadero en toda ocupación de la vida?

¿Se disputará entre los principales de nuestra ciudad, Publio Scévola, Marco Maninio, Marco Bruto, si *los partos de la sierva* han de contarse en el usufructo (y no niego yo que estas disputas arguyan mucho ingenio y sean útiles para la vida civil), y nosotros leemos y leeremos con gusto escritos jurídicos, y despreciaremos estos otros que se refieren á toda la vida humana? Y si es verdad que los otros se venden mejor, también lo es que éstos son más provechosos, cómo podrá juzgar quien los leyere.

Esta cuestión del sumo bien y del sumo mal creo haberla apurado en estos libros, donde no sólo he recogido lo que yo pienso, sino también los pareceres de las principales escuelas de filosofía.

Y empezando por lo más fácil, expliquemos ante todo la sentencia de Epicuro, que es generalmente conocida, y que yo expondré con tanto cuidado como no suelen exponerla sus mismos discípulos. Nos proponemos investigar la verdad, y no convencer á ningún adversario. Recuerdo que, en cierta ocasión, Lucio Torcuato, varón erudito en toda ciencia, defendió con mucha habilidad la opinión de Epicuro sobre el deleite, y que yo le respondí, asistiendo á la disputa Cayo Triario, adolescente de los más graves y doctos. Habiendo venido uno y otro al predio Cumano para saludarme, hablaron primero de las letras, á las cuales uno y otro tenían amor grande, y dijo luégo Torcuato: «Ya que te hemos encontrado alguna vez ocioso, oiré con gusto las razones que tienes, no para

odiar á nuestro Epicuro, como hacen la mayor parte de los que disienten de él, pero sí para no aprobarle en todo; pues yo creo que él fué el único que vió la verdad y que libró de grandes errores los ánimos humanos, y enseñó todo lo que pertenece á una vida buena y feliz. Pero creo que tú, lo mismo que nuestro Triario, te deleitas menos con él, porque abandonó esos ornamentos del discurso de que usan Platón, Aristóteles y Teofrasto. En lo demás, no puedo persuadirme que lo que á él le pareció bien, no te parezca verdadero á tí.

—Mira cuánto te engañas, oh Torcuato. No me ofende el estilo de ese filósofo. Dice en pocas palabras lo que quiere, y lo dice de un modo llano é inteligible, y en un filósofo, si se le añade la elocuencia, no la despreciaré, pero si no la tiene, tampoco la echaré mucho de menos. El fondo es lo que no me satisface, y esto en muchos lugares. Pero cuantos son los hombres, tantos son los pareceres. Lo cierto es que todos podemos engañarnos.

—¿Y por qué no te satisfacen? Te tengo por juez equitativo, con tal que conozcas bien lo que él dijo.

—Si no mintieron Fedro y Zenón (cuyas lecciones yo, aunque ni á uno ni á otro les parecía bien en mí otra cosa que la laboriosidad), conozco bastante todas las sentencias de Epicuro. A uno y otro de los que antes nombré, los oí con frecuencia, en compañía de nuestro Atico, que era grande admirador de entrambos y profesaba especial cariño á Fedro. Todos las veces disputábamos sobre lo que habíamos oído, y nunca versaba la controversia sobre lo que yo había entendido, sino sobre lo que yo aprobaba.

—¿Y qué es lo que no aprobabas? Deseo saberlo.

—En primer lugar, la física, de que tanto te glorías, es del todo ajena. Añadió algunas cosas á Demócrito,

modificando muy pocas, pero me parece que las que quiere corregir las echa á perder. Cree que los átomos se mueven, agitan y congregan en el infinito vacío, donde no hay sumo, ni ínfimo, ni medio, ni último; que de estos átomos resultan todas las cosas que existen y que vemos, y que este movimiento de átomos no tuvo principio, sino que se verifica desde toda la eternidad. Epicuro, en lo que sigue á Demócrito, es en lo que menos resbala, aunque ni de uno ni de otro apruebo el que, debiéndose buscar en la naturaleza dos principios, uno la materia, de que cada cosa se hace, y otro la fuerza, que hace cada cosa, haya tratado sólo de la materia, abandonando la fuerza y la causa eficiente. Pero este es vicio común; los que siguen son errores propios de Epicuro. Él cree que todos los cuerpos elementales y sólidos son llevados por su propio peso hacia arriba y en forma de línea; y que este es el movimiento natural á todos los cuerpos. Pero se le ocurrió luego á este hombre tan agudo, que si todo se movía hacia arriba, de frente y en línea, no sería posible el contacto de los átomos entre sí, y por eso inventó la teoría de la declinación de los átomos, cosa de todo punto imposible. Y dijo que de la compleción, copulación y adhesión de los átomos entre sí, resultaba el mundo y todas sus partes. Todo esto, además de ser una ficción pueril, no prueba de ningún modo lo que se pretende. La misma declinación es un fingimiento *ad libitum* y sin causa, y no hay cosa más torpe para un físico que imaginar un fenómeno sin causa. Quitó sin razón á los átomos aquel movimiento natural de todo peso hacia el centro, y no consiguió tampoco el fin que le había impedido aceptar esto. Porque si todos los átomos declinasen, no habría cohesión alguna entre ellos; y si unos declinasen y otros se moviesen en línea recta, sería esto

lo mismo que señalar provincias á los átomos para que unos se moviesen recta y otros oblicuamente; y además aquel turbulento concurso de átomos que hizo dudar tanto á Demócrito, no hubiera podido producir nunca este ornato del mundo. Ni tampoco es digno de un físico creer que existe una cantidad mínima, lo cual nunca hubiera él juzgado, si hubiera preferido aprender la geometría de Polieno, familiar suyo, y no enseñársela él mismo. El Sol pareció á Demócrito muy grande, porque Demócrito era hombre erudito y versado en la geometría. A éste quizá le parezca que no tiene más de dos pies, porque le cree igual de lo que como á primera vista aparece, ó poco mayor. Así, las cosas que muda las echa á perder, y las que acepta son todas de Demócrito: átomos, vacío ídolos ó imágenes, por medio de las cuales no sólo vemos, sino que también pensamos, el infinito mismo, y los innumerables mundos que nacen y mueren cada día. Y aunque todo esto de ningún modo lo apruebo, no quisiera que Demócrito, tan alabado por todos, fuese vituperado, precisamente por el filósofo que le ha seguido á el solo.

En la segunda parte de la filosofía, que es el arte de investigar y discutir la verdad y que llamamos lógica, me parece vuestro maestro totalmente inerme y desnudo. Destierra las definiciones, no enseña nada de la división, ni del modo de concluir una razón, ni del modo de resolver los argumentos capciosos y distinguir las ambigüedades. Pone en los sentidos el criterio de las cosas, y si alguna vez dan lo falso por lo verdadero, cree que con esto ha desaparecido toda nota distintiva de lo verdadero y lo falso. En la tercera parte, que trata de la vida y de las costumbres, al determinar el fin, no muestra sabor alguno de lo generoso ni de lo magnífico. La mayor prueba de esto son

os impulsos con que, según él, nos excita la naturaleza á buscar el placer y á huir del dolor. A este origen refiere todas nuestras sîmpatías y repulsiones. Y aunque esta opinión es de Aristipo y la defendieron los Cirenaicos mejor y más libremente, con todo eso ninguna me parece más indigna del hombre. Para mayores cosas nos engendró y formó la naturaleza. Puede suceder que yo me equivoque, pero no creo que Torcuato, el primero que alcanzó este sobrenombre, quitó el collar á su enemigo, para recibir algún deleite corporal, ni que tal fué la causa que le llevó en su tercer consulado á lidiar con los Latinos junto al río Véser. Antes creo que, al herir con la segur á su hijo, se privaba de muchos deleites, y anteponía á la naturaleza y al amor paternal la majestad de la República y del Imperio.

¿Y qué? Lucio Torcuato, el que fué cónsul con Cneo Octavio, cuando usó aquella severidad con el hijo que había adoptado, acusándole los legados macedónicos de haber recibido en su provincia dinero siendo Pretor, abocó á su tribunal la causa, y oídas entrambas partes, declaró que no se había portado en el Imperio tal como sus mayores, y le prohibió venir á su presencia, ¿te parece que entonces pensaba en sus deleites? Y omitiendo los peligros, trabajos y dolores que los varones más excelentes arrostran por la patria y por los suyos, sin ningún género de placer, sino por el contrario, despreciándolos todos, y prefiriendo más sufrir cualesquiera dolores que abandonar ni aun en mínima parte su obligación, veugamos á cosas que parecen más leves, pero que declaran con no menos seguridad esto mismo.

Dime, Torcuato, ¿qué aprovecha á tu amigo Triario el conocimiento de las letras y de la historia. el revolver los poetas y aprenderse tanto número de ver-

cos de memoria? Y no me digas que éstos son sus deleites, como aquéllos eran los de Torcuato. Nunca defiende esto Epicuro, ni lo defiendes tú, ni ninguno de los que le entienden ó le han aprendido bien. Y cuando se pregunta por qué hay tantos epicúreos, se alegan otras muchas causas; pero lo que principalmente atrae á la multitud es que, según Epicuro, lo recto y lo honesto basta por sí solo para causar alegría y placer. No entienden estos sabios varones que toda razón se confundiría si así pasasen las cosas. Si se concediese que todas las cosas honestas, aunque no se refirieran al cuerpo, son por sí mismas y espontáneamente agradables, sería apetecible por sí misma la virtud y el conocimiento, lo cual él de ningún modo quiere conceder. No apruebo, dirás, este parecer de Epicuro. Por lo demás, yo hubiera querido que el mismo Epicuro fuese más instruído en aquellas doctrinas que llamamos de erudición (lo cual tú mismo concederás), ó que á lo menos no hubiese apartado á otros de su estudio, aunque á tí no ha bastado para alejarte de él.»

Habiendo dicho yo lo que antecede, más para provocarle que por deseo de hablar yo mismo, dijo Triario, sonriéndose levemente: «Tú destierras absolutamente á Epicuro del coro de los filósofos. ¿Qué le dejas, á no ser la facultad de expresarse con claridad, aunque sin elegancia? En la física dice cosas que son ajenas, y que tú mismo no apruebas. Lo que quiso corregir lo echó á perder. Arte de discurrir no tuvo ninguno. Dijo que el deleite era el sumo bien, y además de ser este un error, tampoco es propio, porque antes lo había dicho Aristipo y mejor que él. Añadiste por final que había sido indocto.

—De ningún modo puede ser, oh Triario, que yo deje de decir las cosas en que disiento de un filósofo

cuya doctrina no sigo. ¿Quién me impediría ser epicúreo, si me pareciera bien lo que él dice, en especial siendo cosa de juego el aprender su filosofía? Por lo cual no se ha de vituperar á los que le reprenden y acusan. Las maldiciones, las afrentas, las disputas iracundas y pertinaces, son las que me parecen indignas de un filósofo.—Asiento á tu parecer, dijo Torcuato. No se puede disputar sin censurar, ni disputar bien con ira y pertinacia. Pero á todo eso que has dicho, yo contestaría fácilmente, si no os fuera molesto.—¿Y crees tú que yo lo hubiera dicho si no quisiera oírte?—¿Quieres que recorramos todo el sistema de Epicuro, ó que tratemos sólo del deleite, en el cual estriba la disputa?—Lo dejo á tu arbitrio.—Explicaré una sola cosa y de grande importancia. De física hablaremos otro día, y entonces te probaré la inclinación de los átomos, la magnitud del Sol, y te demostraré los errores de Demócrito, reprendidos y corregidos por Epicuro. Ahora hablaré del deleite, y aunque no diga nada nuevo, espero sin embargo convencerte.—Ciertamente no seré pertinaz, y si me pruebas lo que dices, asentiré á ello muy gustoso.—Lo probaré, si has de juzgarme con la equidad que ahora muestras; pero prefiero usar un razonamiento seguido, y no preguntar ni ser preguntado.—Así me place, respondí.» Y entonces comenzó á hablar de esta manera:

«Empezaré como quiere que se principie siempre el padre é inventor de esta doctrina. Estableceré la esencia y cualidades de la cosa que buscamos, no porque yo juzgue que vosotros la ignoráis, sino para que proceda ordenadamente el discurso. Preguntamos, pues, cuál es el bien sumo y más excelente, el cual, según parecer de todos los filósofos, ha de ser tal, que á él se refiera todo, y él no pueda referirse á otra cosa

ninguna. Epicuro hace consistir el sumo bien en el deleite, y el sumo mal en el dolor, é intenta probarlo así: todo animal, así que nace, apetece el deleite, y goza con él como si fuera el bien sumo, y cuanto puede lo aparta de sí; y esto lo hace cuando todavía no está depravado, y es la misma naturaleza la que juzga íntegra é incorruptamente. Y por eso niega Epicuro que sea obra de la razón y de la inteligencia el buscar el deleite y huir del dolor. Cree que esto no se juzga, sino que se siente, como el calor del fuego, la blancura de la nieve, la dulzura de la miel, ninguna de las cuales cosas se han de confirmar con razones exquisitas, sino que basta enunciarlas simplemente. Porque hay diferencia entre un argumento y conclusión de razón, y una mediana advertencia: en ésta el argumento está oculto y como envuelto; en la otra descubierto y claro. Y así como, quitados al hombre los sentidos, nada queda, necesario es que la naturaleza misma juzgue lo que es natural ó anti-natural. ¿Y qué razón percibe la naturaleza para buscar alguna cosa ó para huir de ella, sino el placer y el dolor?

»Hay algunos de los nuestros que quieren sutilizar más, y niegan que basten los sentidos para conocer el bien y el mal, sino que atribuyen esta distinción al entendimiento, y afirman que el placer debe buscarse por sí mismo y huirse el dolor. Y añaden que hay en nuestros ánimos una noción natural y primitiva, que nos enseña á apetecer el uno y á rechazar el otro. Pero otros, á cuyo parecer asiento yo, viendo que muchos filósofos sostienen que el placer no debe ser contado entre los bienes, ni el dolor entre los males, creen que no debemos confiar tanto en la excelencia de nuestra causa, sino argumentar y disputar con razones sutilísimas sobre el placer y el dolor.

»Y para que comprendáis de dónde ha nacido este error de los que acusan al deleite y alaban el dolor, os explicaré desde el principio lo que el mismo inventor de la verdad y, por decirlo así, arquitecto de la vida feliz, nos dejó escrito. Nadie desprecia, odia ó huye el deleite porque sea deleite, sino por los grandes dolores que siguen á los que irracionalmente quieren usar del deleite. Ni tampoco hay nadie que ame, siga y quiera alcanzar el dolor por ser dolor, sino porque algunas veces, á fuerza de trabajo y de dolor, se alcanza gran deleite.

»Y, viniendo á cosas menores, ¿quién de nosotros emprendió ningún ejercicio laborioso del cuerpo, sino para obtener de él alguna ventaja? ¿Quién podrá reprehender al que busque un placer tal que no esté mezclado con ninguna molestia, ó al que huya aquella especie de dolor que no engendra ningún placer? Nosotros censuramos y tenemos por muy dignos de aborrecimiento á los que, corrompidos con el halago del deleite presente, y ciegos por la codicia, no ven los dolores y las molestias que van á pasar: y en semejante culpa caen los que abandonan su deber por flojedad de ánimo, huyendo de los trabajos y dolores. Fácil es y expedita la declaración de estas cosas, porque en tiempo libre, cuando tenemos la acostumbrada libertad de elección, y cuando nada nos impide para que podamos hacer lo que más nos agrada, debemos buscar todo placer y huir todo dolor. En algunas ocasiones, harán nuestros deberes, ó la necesidad de las cosas, que rechazamos los deleites y no las molestias. Pero siempre tendrá el sabio esta regla: si abandona los placeres, será para conseguir otros mayores; si sufre los dolores, será para librarse de otros más ásperos.

»Siguiendo yo esta opinión, ¿por qué he de temer

que no podré acomodar á ella el ejemplo doméstico de nuestros Torcuatos, que tú poco antes recordabas con tanta benevolencia y buena amistad para nosotros? Ni has logrado corromperme alabando á nuestros mayores, ni me has hecho imposible la respuesta. ¿Cómo interpretas esos hechos? te pregunto. ¿Crees que se arrojaron entre los enemigos armados, ó que fueron tan crueles con sus hijos ó con su sangre, sin pensar nada en la utilidad ó en el placer que podía resultarles? Ni siquiera las fieras hacen esto: ni siquiera ellas acometen de tal modo que no sepamos adónde se dirigen sus movimientos é ímpetus. ¿Crees tú que tan ilustres varones hicieron tan grandes hazañas sin causa? Cuál fué esta causa, luégo lo examinaré: ahora baste decir que si por alguna causa ejecutaron estos hechos, que son sin duda ilustres y magníficos, el valor por sí sólo no fué la causa de ellos. Si quitó el collar al enemigo, fué porque veniéndole se libraba de perecer. Si se expuso á gran peligro, fué porque tenía el ejército ante los ojos. ¿Qué logró de aquí? Gloria y amor, que son las más firmes defensas para pasar la vida sin temor. Si condenó á muerte á su hijo, y lo hizo sin causa, no me tendría yo por honrado con descender de un hombre tan áspero y cruel. Pero si lo hizo para sancionar con su dolor el imperio de la disciplina militar y contener al ejército por medio de saludable terror, en una guerra gravísima, hizo bien en mirar por la salud de sus conciudadanos, en la cual entendía que iba envuelta la suya.

»Esta razón se aplica á todos los casos iguales. Como vosotros soléis triunfar (tú, sobre todo, que te dedicas á la persecución de las cosas antiguas) con recordar los fuertes é ilustres varones, y alabar las hazañas que ejecutaron no por utilidad alguna,

ino por amor á la misma honestidad; todo este argumento se destruye, estableciendo la distinción que antes hemos dicho, conforme á la cual, los deleites se abandonan por causa de otro deleite mayor, y los dolores por la esperanza de librarse de otros mayores también. Pero de los hechos ilustres y gloriosos de los varones esclarecidos, basta ya con lo que hemos dicho. Ya habrá ocasión en que discurremos sobre el modo en que todas las virtudes tienden al placer. Ahora voy á declarar lo que es el deleite mismo, para desterrar el error de los ignorantes, y dar á entender cuán grave, continente y severa es esta escuela que se tiene por voluptuosa, delicada y muelle. Y no entendemos por deleite solamente aquel que con cierta suavidad conmueve la naturaleza, y que se percibe con cierto agrado, exento de dolor. Porque la misma privación del dolor y de la molestia es ya un placer y debe llamarse así, del mismo modo que llamamos dolor á todo lo que nos ofende. Cuando el hambre y la sed desaparecen con la comida y la bebida, la misma cesación de la molestia es ya un principio de placer, y así en toda cosa la privación del dolor forma un deleite continuado.

»Por eso no admitió Epicuro que hubiese medio entre el dolor y el placer. Lo que algunos les parece medio, es decir, el carecer de todo dolor, no sólo es deleite, sino el deleite sumo. Todo el que siente, de cualquier modo que esté afectado, es necesario que sienta ó placer ó dolor. Epicuro juzga que en la privación de todo dolor está la suma felicidad, la cual luego puede variarse y distinguirse, pero no aumentarse ni ampliarse.

»Mi padre, que solía burlarse discreta y urbanamente de los estoicos, me contaba que hay en Atenas en el Cerámico una estatua de Crisipo, sentado,

con la mano extendida, la cual mano significa que se dirige á sí mismo esta cuestión:—¿Qué desea tu mano, afectada como está ahora? Nada ciertamente. Pero si el deleite fuese un bien, ¿lo desearía? Así lo creo. Luego el deleite no es un bien.—Añadía mi padre que ni la estatua misma diría esto, si pudiese hablar. La conclusión bastante aguda que los estoicos sacan contra los cyrenaicos, nada vale contra Epicuro. Si el deleite es sólo el que hace titilar los sentidos, digámoslo así, y afluye y se desliza con suavidad á ellos, ni siquiera la mano puede estar contenta con carecer de dolor, sin que al mismo tiempo sienta algún agradable movimiento de placer. Pero si el sumo deleite es, como á Epicuro le pareció, no sentir dolor alguno, con razón te hemos concedido, oh Cripso, que la mano no desea nada cuando está afectada de ese modo, pero no te podemos conceder que si el deleite fuese un bien, la mano no le desearía. No le desea, porque como carece de dolor, ha conseguido ya el placer.

»Fácilmente se puede comprender que el deleite es el sumo bien. Imaginemos un hombre que disfruta de muchos y perfectos y grandes placeres de alma y de cuerpo, sin que ningún dolor le estorbe ni le amenace: ¿qué estado más apetecible que el de este hombre podremos imaginar? En él habrá necesariamente firmeza de ánimo, de la que no teme el dolor ni la muerte, porque la muerte carece de sentido: y el dolor en la larga duración suele ser leve, y en la suma gravedad breve, de tal modo que su intensidad se compensa con su rapidez, y con durar largo tiempo parece como que se alivia. Añádase á esto que tal razón no teme el numen divino, ni lamenta los perdidos y pasados deleites, sino que con su asidua recordación se alegra: ¿qué cosa hay que pueda

añadirse á ésta ó que sea mejor? Imagina por el contrario un hombre agobiado por dolores de alma y de cuerpo, los mayores que pueden caer en naturaleza humana, sin esperanza de alivio y sin deleite alguno ni presente ni esperado. Y si la vida llena de dolores debe huirse, gran desdicha es ciertamente vivir con dolor. Y por analogía, debemos afirmar que el mayor de los bienes es vivir con deleite. No tiene nuestra mente extremo alguno donde fijarse, y todos los miedos y pesadumbres los refiere al dolor, ni hay cosa alguna que por su naturaleza pueda solicitar ó angustiar. Además, el principio de apetecer y de huir y aun de ejecutar todas las cosas, nace del placer ó del dolor. De donde se infiere que todas las cosas rectas y laudables tienen por último fin el vivir placidamente. Siendo éste el sumo bien que los Griegos llaman *τελος*, el cual no se refiere á ninguna otra cosa, sino que á él se refieren todas, hemos de confesar que el sumo bien es vivir agradablemente.

»Los que hacen consistir el sumo bien en una sola virtud, y deslumbrados con el esplendor del nombre no entienden lo que la naturaleza pide, se librarían de un gran error, si quisiesen oír á Epicuro. Si vuestras ilustres y excelentes virtudes no produjesen el deleite, ¿quién las tendría por laudables ó apetecibles? Pues así como alabamos la ciencia de los médicos, no por causa de la misma arte, sino por causa de la salud; y el arte del piloto, por su utilidad para la navegación, y no por el arte misma; así la sabiduría, que es un arte de vivir, no sería apetecida si nada produjese, y ahora lo es, porque sirve como de artificio para conquistar y adquirir el deleite.

»Ya entenderéis de qué placer hablo, para que lo odioso de la palabra no disminuya la fuerza de mi argumentación. Pues como la vida humana adolece

de ignorancia del bien y del mal, y por este error se ve privada de grandes deleites, y atormentada por gravísimos dolores de alma, es necesario que la sabiduría, desterrando el terror y la codicia, y la temeridad de toda opinión falsa, se nos presente como guía segurísima para la vida feliz. La sabiduría es la única que ahuyenta la tristeza de nuestros ánimos, y que no nos consiente rendirnos al miedo. Con sus preceptos podemos vivir en tranquilidad, extinguido el ardor de todas las concupiscencias. Insaciables son los deseos, y no sólo han destruído á muchos hombres, sino á familias enteras, poniendo á veces en trance de perderse á la misma república. De los deseos nacen los odios, las discordias, las sediciones y las guerras. Y no sólo salen sus efectos al exterior, causando el arremeter con ciego ímpetu á los demás hombres, sino que, encerradas en el interior de cada ánimo, andan discordes entre si; de donde es necesario que resulte vida amarguísima, pues sólo el sabio que amputa y circuncida toda vanidad y error, puede vivir contento dentro de los límites de su naturaleza, sin dolor y sin miedo. ¿Qué división más útil y más acomodada á la vida que la que hizo Epicuro, poniendo en el primer género los deseos que son naturales y necesarios; en el segundo los que son naturales, pero no necesarios, y en el tercero los que no son ni naturales ni necesarios? Y la razón es que los deseos necesarios no requieren mucho trabajo ni mucho gasto, para satisfacerse. Ni tampoco los deseos naturales requieren mucho, porque la misma naturaleza tiene dispuestas y al alcance de su mano las riquezas con que se contenta. Pero á los deseos vanos no se les puede encontrar ni moderación ni término.

»Y si vemos que el error y la ignorancia perturban toda la vida humana, y que la sabiduría es la única

que nos libra del ímpetu de la liviandad y de los vanos terrores, y nos enseña á llevar con moderación las injurias de la fortuna, y nos muestra todos los caminos que guían á la tranquilidad y á la paz, ¿por qué hemos de dudar en decir que la sabiduría se ha de apetecer por el deleite, y la ignorancia debe ser huída por la molestia que causa? Y por la misma razón tampoco hemos de decir que la templanza ha de ser apetecida por sí misma, sino porque da la paz al alma, y establece en ella plácida concordia. La templanza es la virtud que nos amonesta á seguir á la razón, en apetecer una cosa ó huir de ella. No basta juzgar lo que se ha de hacer ó dejar de hacer, sino permanecer firme y constante en lo que se ha juzgado. Muchos que no pueden mantenerse fieles á lo que determinaron, vencidos y debilitados con una sombra de deleite, se entregan al dominio de la liviandad, y no preven lo futuro; y de este modo, por causa de un deleite pequeño y no necesario, que podrían adquirir de otro modo, ó del cual podrían carecer sin dolor, caen en enfermedades graves, ó en daños y deshonras, ó quedan sujetos á las penas del juicio y de las leyes. Pero los que quieren gozar de los deleites de modo que de ellos no se siga dolor alguno, y los que retienen su juicio para que, vencidos por el deleite, no hagan lo que conocen que no se ha de hacer, éstos alcanzan un gran deleite con dejar otro menor; y á veces sufren algún dolor, para no caer en otro más grave. De donde se infiere que ni la intemperancia se ha de huir por sí misma, ni apetecerse la templanza porque huye del deleite, sino porque consigue otro placer más alto.

»Lo mismo digo de la fortaleza. El sufrir trabajos y dolores no es cosa que atraiga por sí misma; ni tampoco la paciencia, ni la asiduidad, ni las vigi-

has, ni la misma industria que tanto se pondera, sino que nos sirven como de medios para vivir libres de temor y de cuidado, y librar de molestia nuestros ánimos y nuestros cuerpos, en cuanto podemos. Pues así como el miedo de la muerte perturba toda la quietud de la vida, y así como es miserable cosa sucumbir al dolor y sufrirle con ánimo humilde y tímido, y por esta debilidad de ánimo muchos perdieron á sus padres, muchos á sus amigos, y la mayor parte se perdieron á sí mismos desdichadamente; así el ánimo robusto y excelso está libre de todo cuidado y angustia, porque desprecia la muerte, dado que los que la han padecido están en el mismo caso que los que nunca nacieron; y está dispuesto á arrostrar los dolores, recordando que los más grandes acaban con la muerte, que los pequeños tienen muchos intervalos de quietud, y que de los medianos no somos dueños; de modo que, si son tolerables, los sufriremos, y si no lo son, saldremos resignadamente de la vida cuando nos agrada, como quien sale de un teatro. Por lo cual se prueba que ni la timidez y la flojedad son vituperables, ni la fortaleza y la paciencia dignas de alabanzas por sí propias, sino que se rechazan las unas porque engendran el dolor, y se apetecen las otras porque son causa de placer.

»Resta la justicia, de la cual podemos decir las mismas cosas que de las otras virtudes. Pues así como he probado que la sabiduría, la templanza y la fortaleza están enlazadas entre sí, de tal modo que no pueden separarse, lo mismo se ha de pensar de la justicia, que no sólo nunca daña á nadie, sino que por el contrario alimenta siempre por su fuerza y naturaleza algo que tranquilice los ánimos, con la esperanza de que no ha de faltar ninguna de aquellas cosas que una naturaleza no depravada desea. Así

como la temeridad, la liviandad y la cobardía atormentan siempre el ánimo, y le traen solícito y turbulento; así la injusticia, si algo maquina, aunque sea ocultamente, no espera que su crimen ha de permanecer siempre oculto. A los hechos de los malvados los sigue primero la sospecha, después la voz de la fama, luégo el acusador y el juez: muchos se han delatado á sí propios, como sucedió en tu consulado. Y los que se creen bastante defendidos y fortificados contra la conciencia de los hombres, tienen sin embargo el temor de los Dioses, y creen que las angustias que atormentan sus noches y sus días son un suplicio enviado por los Dioses inmortales. ¿Qué placer hay que pueda compensar tantas molestias como la maldad causa á la vida, cuando contribuye á aumentarlas, primero la propia conciencia, y luego la pena de las leyes y el odio de los ciudadanos? Sin embargo, en algunos no hay moderación ni de dinero, ni de honor, ni de imperio, ni de liviandad, ni de gula, ni de los demás deseos y codicias; que ninguna presa, aunque sea injustamente arrebatada, disminuye, sino más bien aumenta é inflama, de tal modo que parecen más dignos de reprehensión que de corrección.

»La verdadera razón invita, pues, á los entendimientos sanos á la justicia, á la equidad, á la buena fe; y al hombre, débil é impotente como es, no le aprovecha la injusticia, porque ni puede conseguir fácilmente lo que desea, ni retenerlo si lo consigue; y los recursos de fortuna y de ingenio convienen más á la liberalidad, por medio de la cual se concilia la benevolencia, que es tan necesaria para vivir bien, en especial no habiendo causa ninguna para pecar. Los deseos que proceden de la naturaleza fácilmente se satisfacen sin injuria de nadie; y á los deseos que son

vanos no se ha de condescender, porque nada verdaderamente apetecible desean, y hay más detrimento en la misma injusticia, que ganancia en las cosas que con injusticia se adquieren. Y así nadie dirá, para hablar con propiedad, que la justicia es cosa apetecible por sí misma, sino porque causa el placer de ser amado y querido, y además porque hace la vida más segura y el deleite más entero. Y así, no sólo por las calamidades que siguen á la injusticia, debemos huirla, sino mucho más porque, en asentándose en el ánimo de alguno, no le deja respirar, ni le da tregua ni sosiego.

»Por tanto, si la alabanza de las mismas virtudes, en que tanto se complace el razonamiento de los filósofos, no puede encontrar término si no se dirige al deleite, y el deleite es el único que los llama á sí y por su propia naturaleza los atrae, no puede ser dudoso que él es el sumo bien, y que vivir con felicidad no es otra cosa sino vivir con deleite.

»Explicaré en pocas palabras todo lo que está enlazado con este parecer cierto y seguro. No hay error alguno en el sumo bien y en el sumo mal, esto es, en el placer ó en el dolor, pero yerran en esto los que ignoran su origen. Confesamos que los placeres y dolores del alma nacen de los placeres y dolores del cuerpo. Y así, concedo lo que antes decías, que algunos de nosotros los estiman de otro modo. Sé que son muchos, pero ignorantes. Pues aunque el placer del alma nos cause alegría y el dolor molestia, uno y otro, sin embargo, nacen del cuerpo, y no por esta causa dejan de ser mucho mayores los placeres y dolores del alma que los del cuerpo. Con el cuerpo nada podemos sentir sino lo presente, y con el alma lo pasado y lo futuro. Parece que hasta el dolor del cuerpo se acrecienta cuando imaginamos que nos

amenaza algún mal eterno é infinito. Y lo mismo es lícito decir del deleite, que nunca es mayor que cuando no hay tales temores.

»Es claro que un gran placer ó dolor de alma contribuye más á hacer la vida miserable ó feliz que si los suponemos corporales. No es cierto que, perdido el placer, siga inmediatamente la amargura, á no ser que el placer venga á sustituir el dolor; al contrario, la ausencia de dolor es ya un goce, aunque no la acompañe ningún deleite de los que se dirigen á los sentidos; y así podemos entender cuánto placer es no tener dolor. Y así como nos alientan los bienes que esperamos, así nos alegran los que recordamos. A los necios les atormenta la memoria de los males: á los sabios les deleita el bien pasado renovado en grata recordación. Es condición nuestra que sepultemos la adversidad en perpetuo olvido, y que nos acordemos de los sucesos prósperos dulce y agradablemente. Pero cuando consideramos con atención lo que pasó, nace en nosotros el dolor si los sucesos son malos, la alegría si son buenos.

»¡Oh excelente y abierto y sencillo y derecho camino para vivir felizmente! Si nada puede haber mejor para el hombre que carecer de todo dolor y molestia, y gozar de grandes deleites de alma y de cuerpo; ya veis cómo no se olvida nada de lo que puede contribuir al alivio de la vida ó llevarnos al sumo bien apetecido. Epicuro, de quien decís vosotros que fué tan dado á los deleites, clama que no se puede vivir agradablemente sino se vive conforme á sabiduría, honradez y justicia, pero que, viviendo así, no se puede menos de ser feliz. Si una ciudad en sedición no puede ser feliz, ni tampoco una casa cuyos dueños están discordes, tampoco el ánimo discorde consigo mismo puede gustar ningún deleite verdadero y li-

bre, sino que, lidiando siempre entre afanes y resoluciones contrarias, no podrá llegar á ninguna tranquilidad y quietud.

»Y si las graves dolencias del cuerpo son un obstáculo para la vida feliz, ¿cuánto más deben serlo las del ánimo? Llamo enfermedades del ánimo las codicias inmensas y vanas de riquezas, de glorias, de dominación y de deleites licenciosos. Añádanse á esto las penas, las molestias, las tristezas que agobian y consumen el ánimo, porque en el hombre no inteligente no hay dolor espiritual que pueda separarse de un dolor del cuerpo presente ó futuro. Y no hay ningún necio á quien no persigan estos males. No hay, pues, ninguno que no sea infeliz.

»Añádase á esto la muerte que nos amenaza siempre, como la roca dispuesta á caer sobre Tántalo; y la superstición, que á quien está imbuído en ella no le permite reposar un momento. Además, no se acuerdan de los bienes pasados; no gozan de los presentes; esperan sólo los futuros; y como éstos no pueden ser ciertos, se consumen entre angustias y temores, y se atormentan todavía más cuando llegan á conocer, aunque tarde, que en vano han anhelado por las riquezas, por el imperio ó por la gloria. Y así, no consiguen ninguno de los deleites cuya esperanza los inflamaba para sufrir muchos y grandes trabajos.

»Otros hay mezquinos y estrechos, ó que desesperan siempre de todo, malévolos, envidiosos, difíciles, enemigos de la luz, maldicientes, monstruosos; otros, dados á las ligerezas amatorias; otros, petulantes, audaces, protervos, y al mismo tiempo intemperantes y cobardes, sin permanecer nunca en un mismo parecer, por lo cual no hay en su vida intervalo alguno de molestia. Por consiguiente, ninguno de los necios es feliz, y ninguno de los sabios deja de serlo: y esto

Lo entienden los nuestros mucho mejor que los estolicos. Ellos niegan que el bien sea otra cosa que una sombra que llaman *honesto*, con nombre no tan sólido como espléndido, y suponen que la verdad fundada en esta honestidad no requiere ningún placer, y que para la felicidad de la vida la virtud está contenta consigo misma.

»Pueden darse de esto aparentes razones, sin que nosotros lo repugnemos, antes bien aprobándolo. Y así, Epicuro al sabio le llama siempre feliz, porque tiene limitados los deseos, desprecia la muerte, siente la verdad acerca de los Dioses inmortales, sin temor alguno en emigrar de esta vida. Con estas prevenções vive siempre deleitosamente, y no hay tiempo alguno en que no tenga más placeres que dolores. De los pasados se acuerda con agrado, y de los presentes goza, advirtiendo cuán grandes son y cuán deleitosos, y no pende de los casos futuros, sino que los espera, y disfruta de los presentes; y distando mucho de los vicios que antes decíamos, cuando ve la vida de los necios y la compara con la suya, siente gran satisfacción. Los dolores mismos, si es que algunos le aquejan, nunca tienen tanta fuerza que no tenga más el sabio por qué gozar, que por qué angustiarse.

»Muy bien dijo Epicuro que una modesta fortuna le bastaba al sabio, y que su entendimiento y su razón eran la norma de muchas y graves cosas, y que no podía percibirse mayor deleite en toda la eternidad, que el que se percibe en este tiempo que vemos ser finito. Pero creyó que vuestra dialéctica no encerraba virtud alguna, ni para vivir mejor, ni para discurrir con más acierto. A la física dió grande importancia. Porque si es verdad que la dialéctica nos enseña la fuerza de las palabras, y la razón de las consecuen-

cias y de las negaciones, sólo conociendo la naturaleza de las cosas nos libramos de la superstición, nos libramos del miedo de la muerte, y no somos aterrados por la ignorancia, engendradora de horribles fantasmas. Y nunca obraremos más rectamente que cuando aprendamos lo que la naturaleza desea. Pero si llegamos al conocimiento firme de las cosas, guardando aquel canon ó regla que parece caído del cielo para conocimiento de todos y para dirigir todos nuestros juicios, no habrá razonamiento de nadie que nos haga desistir de nuestro parecer. Si no conocemos la naturaleza de las cosas, de ningún modo podremos defender el criterio de los sentidos. De ellos procede cuanto el entendimiento conoce. Sólo siendo verdaderas todas sus perfecciones, como la escuela de Epicuro enseña, podrá conocerse y percibirse algo. Los que niegan su testimonio y hasta la posibilidad de la perfección, destruyen con sus mismos argumentos lo que afirman; y además, desterrando el conocimiento y la ciencia, quitan toda razón á la vida y á las acciones humanas. Así se aprende de los físicos la fortaleza contra el temor de la muerte, y la constancia contra el miedo de la religión, y la tranquilidad de ánimo desterrando la ignorancia de las razones ocultas, y la moderación explicando la naturaleza y las especies del deseo; y como he enseñado poco antes, fijando la regla del conocimiento y el criterio que de ella depende, enseña la distinción de lo verdadero y de lo falso.

»Resta sólo tratar de la amistad, que, según vosotros, no es posible que exista si el deleite es el sumo bien. Pero Epicuro nos enseña que de todas las cosas que la sabiduría reunió para vivir felizmente, ninguna hay mayor que la amistad, ninguna más rica ni más fecunda. Y no sólo lo probó con la razón, sino mucho

más con la vida, con los hechos y las costumbres. Y bien podemos compararle con los amigos de que se habla en las fábulas antiguas, pues en tantos y tan varios casos, repetidos desde la más remota antigüedad, apenas hallarás tres iguales, empezando por Teseo y acabando por Orestes. Pero Epicuro, en una sola casa, y ésta muy estrecha, ¡cuántos amigos tuvo, y cuán unidos por el lazo de amor! Y lo mismo hacen ahora los epicúreos.

»Pero volvamos al asunto: no es necesario apurarlo todo. De varios modos han disputado los nuestros sobre la amistad. Negando los unos que las satisfacciones de nuestros amigos deban ser apetecidas por sí mismas (lo cual á algunos les parece contrario á la firmeza de la amistad), se defienden no obstante, y á mi modo de ver resuelven el argumento. Niegan que la amistad y las virtudes puedan separarse del deleite. Y como la soledad y la vida sin amigos está llena de asechanzas y de miedo, la razón misma convida á procurarse amistades, con las cuales se serena el ánimo y no se pierde la esperanza de futuros deleites. Y así como el odio y la envidia se oponen al placer; así la amistad no sólo es fautora fidelísima, sino también causadora de deleitès, tanto para los amigos como para sí, y no sólo deleites inmediatos, sino también futuros y esperados.

»Y como de ningún modo podemos sin la amistad tenèr una firme y perpetua serenidad de vida, ni conservar la misma amistad si no amamos á los amigos como á nosotros mismos, resulta que la amistad no puede separarse del placer. Nos alegran las prosperidades de nuestros amigos lo mismo que las nuestras, y de igual modo nos mortifican sus dolores. Por lo cual, el sabio tendrá al amigo el mismo afecto que á sí mismo; y los trabajos que arrostre por obte-

ner alguna satisfacción propia, no dudará en arros-
trarlos por proporcionársela á su amigo. En suma,
todo lo que hemos dicho de la virtud y de su co-
nexión necesaria con el deleite, otro tanto debe de-
cirse de la amistad. Por eso son tan admirables aque-
llas palabras de Epicuro: «La ciencia robusteció el
»ánimo para que no temiese ningún mal sempiterno
»ó perdurable, viendo que en este espacio de vida era
»la amistad el presidio más firme.»

»Hay algunos epicúreos más temerosos de vuestros
dicterios, pero, sin embargo, no faltos de agudeza, los
cuales temen que si la amistad se busca por el delei-
te, no ha de quedar vestigio de amistad en el mundo.
Y así, sostienen que el primer cambio de voluntades
se hace por el deleite, pero que cuando el trato ha
producido la familiaridad, entonces nace el amor, y
los amigos se aman por sí mismos, aun cuando no
perciban utilidad alguna de la amistad. Si amamos
los lugares, los templos, las ciudades, los gimnasios,
el campo, los perros, los caballos, el juego y la caza,
¿cuánto más justo será que se amen los hombres en-
tre sí?

»No falta quien diga que hay cierto pacto entre los
sabios para no amar á los amigos menos que á sí mis-
mos. Esto es posible y muchas veces lo vemos, y de
todos modos resulta claro que nada contribuye tanto
al agrado de la vida como estas relaciones amistosas.

»De todo lo cual se puede inferir no sólo que la ra-
zón de la amistad subsiste, aunque se ponga el sumo
bien en el deleite, sino que apenas se concibe la amis-
tad sin él.

»Si todo lo que he dicho es más claro que la luz del
sol; si todo está tomado de la fuente de la naturaleza;
si todo nuestro razonamiento se apoya en el íntegro
é incorrupto testimonio de los sentidos; si los niños

sin hablar, y hasta las bestias mudas, dicen á gritos, sin más guía y maestro que la naturaleza, que nada es próspero sino el deleite, nada áspero sino el dolor, ¿no hemos de dar muchas gracias á aquel que, oyendo esta voz de la naturaleza y repitiéndola con firmeza y gravedad, llevó á todos los hombres sanos de entendimiento, por el camino de la vida sosegada, tranquila y feliz? Y si te parece poco erudito, es porque ninguna erudición juzgó útil sino la que podía aumentar la dicha de la vida. ¿Había de perder su tiempo, como hacemos yo y Triario, por consejo tuyo, en revolver los poetas, de los cuales no se saca ninguna sólida utilidad y sólo un deleite pueril, ó hubiera debido, como Platón, gastar su tiempo en la música, en la geometría, en los números y los astros, artes que, nacidas de falsos principios, no pueden ser verdaderas, y si lo fuesen, nada útil contendrían para hacer la vida más agradable ni mejor? ¿Había de perseguir estas artes, abandonando el arte de vivir, tan trabajoso y sin embargo tan fructuoso? No es que Epicuro sea indocto; es que lo son los que creen que hasta la extrema vejez pueden estar aprendiendo las cosas que no es torpe aprender cuando niño.

»Ya he explicado mi opinión sólo para conocer tu juicio. Hasta ahora nunca me habías concedido facultad de hacerlo á mi albedrío.»
